

MARÍA PILAR TRESACO
JAVIER VICENTE
MARÍA-LOURDES CADENA
(Coordinadores)

De Julio Verne
a la actualidad:
la palabra y la tierra

De Jules Verne
à nos jours:
la parole et la terre

De JULIO VERNE a la actualidad : la palabra y la tierra = De Jules Verne à nos jours : la parole et la terre / María Pilar Tresaco, Javier Vicente, María-Lourdes Cadena (coords.). — Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013

550 p. : il. ; 22 cm

ISBN 978-84-15770-58-9

Verne, Jules—Crítica e interpretación

TRESACO, María Pilar

VICENTE, Javier

CADENA, María-Lourdes

821.133.1Verne, Jules1.07

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Los autores

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
1.ª edición, 2013

Diseño de la cubierta: Inma García. Prensas de la Universidad de Zaragoza

Ilustración de la cubierta: José Ortiz

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1043-2013

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Presentación	11

DE JULIO VERNE...: PALABRA Y TIERRA

Para los lectores de Jules Verne <i>José Carlos Mainer</i>	17
Jules Verne y los escritores del mar <i>José Luis Asúnsolo</i>	37
Vigo au cours du dernier quart du XIX ^e siècle: une réalité qui a inspiré Jules Verne <i>Margarita Barral</i>	51
De la máquina a lo imaginario. La utopía tecnológica de Jules Verne <i>Pasqual Bernat</i>	69
Musicalidad y traducción: melodía de la palabra en tres <i>nouvelles</i> de Jules Verne <i>María-Lourdes Cadena</i>	83
Recepción editorial en Cataluña de la obra de Jules Verne durante la primera dictadura del siglo xx (1923-1930) <i>Jordi Chumillas</i>	103

Problèmes et tabous de la biographie vernienne <i>Volker Dehs</i>	113
El pastor de mastodontes: la prehistoria en Jules Verne <i>Rafael Domingo</i>	121
Variations sur l'imaginaire géographique dans quelques lieux verniens remarquables <i>Lionel Dupuy</i>	139
Jules Verne et le futur <i>Piero Gondolo della Riva</i>	155
L'espace géographique vernien mesuré par la textométrie <i>José Gregorio Parada</i>	165
Omen y nomen del capitán <i>Nemo</i> . De la tragedia a la novela en <i>Vingt mille lieues sous les mers</i> de Verne <i>Leonor Pérez</i>	183
El círculo polar y la renovación de la imagen del mundo en Verne <i>María Dolores Rajoy</i>	197
En arpentant le monde avec Willy Fogg ou pour une cosmographie vernienne animée <i>Patrice Soulier</i>	215
Julio Verne, o el geógrafo ante la <i>terrae incognitae</i> <i>Joan Tort</i>	233
Verne y los barcos: una navegación a través de los nombres <i>María Pilar Tresaco</i>	249
El viaje de la traducción. <i>Cinq semaines en ballon</i> <i>Javier Vicente</i>	269

... A LA ACTUALIDAD: PALABRA Y TIERRA

La question de l' <i>ici</i> et de la langue. Géographie des textes littéraires francophones (apories, exemples à l'appui) <i>Jose Domingues de Almeida</i>	287
La visión de España en la primera mitad del siglo XIX en el <i>Précis de la Géographie universelle</i> de Conrad Malte-Brun <i>Jean-Yves Puyo</i>	307

« (...) voir les choses selon une multitude de relations, et non comme des objets isolés (...) » Sur l'imagination environnementale <i>Lambert Barthélémy</i>	333
La escala de los paisajes mediterráneos: una lectura geográfica de Josep Pla <i>Rosa Catalá</i>	345
Una mirada a la España de los primeros años treinta. André Germain y su <i>Révolution espagnole en vingt-cinq tableaux</i> (1931) <i>Roberto Ceamanos</i>	361
Miguel Ángel Asturias: la tierra en la carne <i>Sylvain Choin</i>	379
Topónimos en lengua de signos <i>María Pilar Fernández</i>	393
Los mapas y las letras: geografía y literatura en <i>El País Vasco</i> (1953) de Pío Baroja <i>Francisco Fuster</i>	405
La geografía de Sierra Nevada en los libros de época: aportaciones del siglo XIX y el descubrimiento del glaciario <i>Antonio Gómez, Marc Oliva, Ferran Salvador, Montserrat Salvà, Benedita Milheiro, José A. Plana, Manuel Espinar, Sebastián Gómez y David Serrano</i>	423
La palabra y las alianzas como señas de convivencia en territorios frontera: el ejemplo de los Pirineos <i>Antonio Gorriá</i>	439
Juntree Siriboonrod (1917-1968) <i>Père de la science fiction</i> en Tailandia <i>Theeraphong Inthano</i>	455
La terre comme paradigme vibratoire. Éléments d'une poétique des sensations chez Juan Benet <i>Sandrine Lascaux</i>	469
El camino de los errantes, mitocrítica en <i>Anagnórisis</i> de Tomás Segovia <i>Salvador Alejandro Lira</i>	487

- Le roman de la terre des années vingt-trente. La cristallisation d'un genre à la confluence de la littérature et de la géographie
Elisabeth Souny 501
- Consideraciones del pireneísta Lucien Briet sobre voces y topónimos aragoneses recogidos en su obra *Bellezas del Alto Aragón*
Jesús Vázquez 515
- Le voyage et l'imagination géographique dans l'oeuvre de Madame de Staël
Marta Wierzbicka 535

LOS MAPAS Y LAS LETRAS: GEOGRAFÍA Y LITERATURA EN *EL PAÍS VASCO* (1953), DE PÍO BAROJA

Francisco Fuster García
Universidad de Valencia

Baroja, enorme escritor antibarroco, hubiera podido ser el mayor memorialista de la literatura castellana de todos los tiempos. Cuando sus obras se reducen a lo que son en realidad, a una sucesión de paisajes, de figuras y de ambientes, tienen una calidad sensacional, única, insuperable, magnífica.

Josep Pla, *El passat imperfecte*.

Entre 1948 y 1977 la catalana Ediciones Destino publicó una colección de volúmenes que bajo el título genérico de *Guías de España* agrupó un total de dieciséis libros y se convirtió en una de las más importantes —si no la más— de las publicadas durante el franquismo dentro de un subgénero —el de las guías geográficas— que solo después de la Guerra Civil adquirió cierto protagonismo en el panorama editorial de nuestro país.

El elemento característico y distintivo de este conjunto de guías con respecto a otras colecciones publicadas por estos años¹ obedeció a una decisión editorial tomada por Josep Vergés, fundador —junto con otros compañeros periodistas y escritores catalanes— de la revista *Destino* en 1937 y responsable principal de la editorial creada con el mismo nombre en 1942.² A diferencia de las guías geográficas convencionales, más dominadas por la información descriptiva y el tono frío y académico, las guías publicadas por esta editorial debían ser reconocidas y reconocibles no solo

1 Para más información sobre la colección *Guías de España* de Destino y sobre otras colecciones de guías geográficas publicadas en España durante los siglos XIX y XX, se puede consultar el trabajo de Fernando Arroyo Ilera que aparece citado en la bibliografía.

2 La historia más completa de la revista *Destino* y de la editorial que nace a partir de ella se puede encontrar en el libro de Carles Geli y J. M. Huertas Clavería, *Las tres vidas de «Destino»*, Barcelona, Anagrama, 1991.

por el contenido, sino también por la forma en la que ese contenido era presentado al lector. Para ello, durante las más de tres décadas que cubrió el proyecto, Vergés y sus socios encargaron la redacción de estos libros a escritores de prestigio que a sus probadas dotes literarias añadían la condición de ser, en la mayoría de los casos, perfectos conocedores de la geografía española (especialmente de sus regiones natales) y maestros consumados en la difícil técnica de la descripción de paisajes y la recreación de ambientes y lugares. En este sentido, basta echar una simple ojeada a la nómina de autores de estas *Guías de España* entre los que figuran nombres de la talla de Josep Pla, Dionisio Ridruejo, Joan Fuster o el propio Pío Baroja,³ de quien quiero ocuparme en este trabajo. Por si esta novedad fuera poca, la editorial también quiso dotar a la colección de un sello propio, publicando las guías en unos volúmenes de tamaño medio (más grande que el habitual formato de bolsillo que suelen tener las guías de viaje) y factura exquisita, acompañando el texto con un importante y valioso aparato gráfico formado por multitud de fotografías en blanco y negro realizadas para la ocasión por fotógrafos profesionales, y por una serie de grandes mapas en color desplegados que contribuían a esa feliz alianza entre los mapas y las letras, entre la geografía y la literatura.

A medida que fueron apareciendo los primeros títulos, la colección quedó estructurada como un recorrido por el territorio español en el que cada autor debía ocuparse de la región del país que mejor conociera o que más le inspirara. Para ello, y como explica Fernando Arroyo, hubo que recurrir a «otros autores más allá del círculo inmediato de Destino y de la cultura catalana de posguerra» (Arroyo Ilera, 2008:432). El más destacado

3 Esta es la lista completa de los autores —y de las guías que escribieron— de la colección *Guías de España* de Ediciones Destino, por orden cronológico de aparición: Josep Pla, *Guía de la Costa Brava* (1948, como reedición ampliada de la obra de Pla publicada por primera vez en Destino en 1941 con el título *Costa Brava: guía general y verídica*) y *Mallorca, Menorca e Ibiza* (1950); Carlos Soldevila, *Barcelona* (1951); Pío Baroja, *El País Vasco* (1953); Juan Antonio Cabezas, *Madrid* (1954); Carlos Martínez Barbeito, *Galicia* (1957); José María Pemán, *Andalucía* (1958); Josep Pla, *Cataluña* (1961); Joan Fuster, *El País Valenciano* (1962); Gaspar Gómez de la Serna, *Castilla La Nueva* (1964); Claudio de la Torre, *Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote* (1966); Alfredo Reyes Darías, *Tenerife, La Palma, La Gomera, El Hierro* (1969); Dolores Medio, *Asturias* (1971); José Vicente Mateo, *Murcia* (1971); Dionisio Ridruejo: *Castilla La Vieja* (2 tomos, 1974); Santiago Lorén, *Aragón* (1977).

de estos autores y el primero al que se recurrió fue Pío Baroja, que ya a finales de los años cuarenta recibió de Vergés el encargo de escribir una guía del País Vasco.⁴ Aunque afincado desde hacía mucho tiempo en Madrid, Baroja, que había nacido y pasado parte de su infancia en San Sebastián, mantenía una residencia fija —el famoso caserón de Itzea— en la pequeña localidad de Vera de Bidasoa, en el terreno fronterizo entre Navarra, el País Vasco y Francia. Además de un notable conocedor de la geografía vasca en toda su extensión y de un reconocido viajero, Baroja era —y de esto no creo que quepa duda— uno de los mejores narradores y descriptores de paisajes que ha dado la literatura española contemporánea. Teniendo en cuenta esto, el encargo estaba más que justificado y la elección de Baroja parecía un acierto desde todos los puntos de vista. La única pega, si se le puede llamar así, que presentaba un proyecto de esta magnitud es que, como explica el propio novelista en el breve prólogo a su guía del País Vasco, el encargo le seducía pero le llegaba ya muy tarde, cuando superaba los setenta años de edad (el libro apareció en 1953, cuando el escritor tenía justo ochenta años; murió solo tres más tarde, en 1956) y la memoria ya no le permitía demasiados alardes, obligándole —como saben bien los lectores de este Baroja de los últimos años— a *copiar y pegar*, a repetirse muchas veces y a buscar el material para sus obras en libros ya publicados muchos años antes:

Me encargan que escriba un libro sobre el País Vasco. Un poco tarde es para mí. He perdido mis condiciones ambulatorias y me he transformado en hombre completamente sedentario.

Soy ya como el lanchón viejo, anclado en el puerto, sin velas y sin timón; tengo que vivir y escribir a base de impresiones pasadas, y copiarme a mí mismo (p. 7).⁵

4 Aunque es imposible saberlo con certeza, no es descartable que, además del encargo de Vergés, Baroja recibiera los ánimos para acometer la empresa de Josep Pla, un autor *de la casa* en Ediciones Destino. Pla, que mantenía con el novelista vasco una relación de aprecio y admiración mutua, ya había publicado un par de guías en esta misma colección y pudo sugerir el nombre de Baroja a los editores de Destino o incluso mediar para que el acuerdo editorial se hiciera efectivo, como así fue.

5 Las citas del texto de Baroja seguidas del número de páginas entre paréntesis pertenecen a la edición de la obra que utilizo: *El País Vasco*, Barcelona, Ediciones Destino, Colección «Guías de España», 1972, 4.^a ed.

Cito la edición porque este libro de Baroja tiene una historia editorial ciertamente curiosa y poco común, por lo que creo interesante —y aun teniendo en cuenta que es

Junto a esta advertencia que ocupa las primeras líneas del prólogo, Baroja nos hace otra más para evitarnos futuras sorpresas: a diferencia de lo que suele ser habitual en este tipo de guías, donde la información objetiva debe prevalecer sobre la opinión subjetiva del autor, su libro no va a cumplir ninguna de estas premisas. Al contrario, nos avisa ya en el prólogo sobre la peculiaridad de su texto, que se presenta como una visión personal

una cuestión que queda fuera del objeto de este trabajo— explicarla de forma sintetizada. La primera edición de *El País Vasco* aparece en Ediciones Destino el 1953. Después, el libro vivió hasta tres reediciones —1961, 1966 y 1972— en este mismo sello. Desde ese momento, la obra desaparece del mercado y queda descatalogada hasta que en 1988 la Editorial Incafo S.A. (una editorial dedicada a publicaciones institucionales y guías naturales) decide recuperarla. Sin embargo, lo hace censurando más de la mitad del texto: en concreto, las partes dedicadas al territorio de Navarra y el País Vasco francés (Iparralde en euskera), así como algunos capítulos —entre ellos el titulado «Siete en una»— en los que Baroja habla del País Vasco tal y como él lo concebía: como un territorio integrado por siete provincias. Cuando Baroja habla del País Vasco en 1953 lo hace contemplando a este como una unidad geográfica integrada por siete provincias: cuatro del País Vasco español (Álava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya) y tres del País Vasco francés (Labourd, Baja Navarra y Soule). Al margen de las connotaciones políticas que *a posteriori* se hayan querido ver en esta decisión del escritor, lo cierto que en su guía Baroja se limita a describir lo que él entiende por País Vasco como una entidad históricamente formada que comparte un territorio, una lengua y unas raíces culturales comunes, más allá de las fronteras político-administrativas. En 1992, la editorial Círculo de Lectores reedita el libro con un prólogo de Julio Caro Baroja, pero, en lugar de tomar el texto original, publica este texto amputado aparecido cuatro años antes. Para disponer otra vez del texto íntegro publicado por Destino hay que esperar hasta el año 1999, cuando *El País Vasco* es incluido en el volumen XVI de las *Obras Completas* de Pío Baroja dirigidas por José-Carlos Mainer y publicadas precisamente por Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg. Ya más recientemente, en 2006 (3.^a edición en 2007), la editorial navarra Txalaparta también reeditó el libro en su versión primera e íntegra. A mi juicio, lo más llamativo de esta peripecia que ha tenido que atravesar el texto de Baroja es que se da la curiosa paradoja de que el libro no fue censurado durante el franquismo, sino después. Las reediciones en Destino durante el régimen franquista se publicaron siempre respetando el texto original, pero en pleno período de la llamada Transición democrática hay una editorial (dos, si contamos con Círculo de Lectores, que opta por publicar la versión del libro censurada y no la original) que decide ejercer la censura y recortar 4/7 partes del libro. Aunque desconocemos las razones concretas que llevaron a tomar esta decisión, a mi juicio totalmente equivocada y desproporcionada, me inclino a pensar que fue una interpretación subjetiva del concepto de *corrección política* lo que impulsó a los editores de Incafo S.A. a censurar las partes del texto barojiano que, por su discurso, entraban en contradicción directa con esa España autonómica surgida de la Transición. Por suerte, el lector actual ya tiene disponibles varias ediciones con el texto completo, además de las de Destino, que circulan por las librerías de segunda mano en sus distintas ediciones a un precio —eso sí— más elevado.

—una especie de itinerario sentimental— más que como una guía al uso, con datos y referencias útiles para el turista o viajero. No quiere decir esto que en el libro que aquí analizamos no haya datos concretos sobre la geografía vasca, sino que por la propia condición de escritor del autor de la guía y por su estilo inconfundible de narrar es evidente que el tono del texto será distinto. De hecho, en *El País Vasco* sí que hay multitud de datos cuantitativos y estadísticos, pero son cifras —como el propio Baroja confiesa— extraídas y copiadas de otras guías más canónicas: la altura de las montañas, el número de habitantes de un territorio, el porcentaje de gente que habla en euskera en una determinada época histórica, etc. Así lo explica el novelista vasco en el prólogo:

Este libro no tiene ninguna aspiración de ser científico ni erudito. No pretende más que hablar un poco a la ligera de impresiones ya antiguas del País Vasco.

[...] Yo no he podido escribir este libro con un criterio de historiador o de geógrafo; no he tenido más remedio que hacerlo como lo puede hacer un escritor viejo y curioso, que se vale de sus antiguos recuerdos, aunque éstos sean confusos y poco detallados.

[...] Respecto a los datos arqueológicos e históricos que incluyo en este libro, no tengo una absoluta seguridad de que sean exactos; no los he comprobado; los he tomado de otras obras y no podría siempre garantizar su exactitud. No soy un arqueólogo ni un historiador, sino un curioso que mira lo que pasa por su campo visual (pp. 7-8).

1. Baroja como geógrafo y etnógrafo: paisaje y paisanaje

Lo primero que llama la atención al repasar el índice de *El País Vasco* es la variedad de sus contenidos. En efecto, el texto barojiano está dividido en cinco partes que abordan temas muy diferentes y que tienen en el personal estilo literario del novelista vasco su único hilo conductor. Las tres primeras partes, dedicadas a esas siete provincias que según Baroja integran el País Vasco, sí que responden —al menos en su planteamiento— a lo que podría ser el contenido de una guía convencional; en ellas se analiza la realidad de cada provincia desde distintos puntos de vista: demográfico, geográfico, etnográfico, patrimonial, cultural e incluso religioso. Las partes cuarta y quinta de la obra son quizá las menos ortodoxas, pues están dedicadas respectivamente a «Marinos, músicos, poetas y artistas», y a un repaso por la mitología vasca que lleva por título «Antiguas leyendas y supersticiones». A pesar de esta disparidad de objetos, sí es cierto que la

descripción barojiana del País Vasco parte de una idea básica enunciada por el escritor ya en el primer capítulo de la obra. Para nuestro autor, todo el interés que pueda tener la tierra vasca para los visitantes radica fundamentalmente en la originalidad de los rasgos típicos que la unifican y la distinguen de los demás países; rasgos que según Baroja le prestan:

un carácter singular, muy en concordancia con sus moradores, que guardan, o por lo menos han guardado su levadura racial, encastillados en un tradicionalismo que ha vencido durante mucho tiempo todas las vicisitudes históricas, y ha sabido mantenerse fiel a la pureza de su personalidad, defendiendo celosamente su patrimonio étnico y folclórico (p. 16).

Con esta premisa, lo que hace Baroja al escribir sobre la región vasca es justamente eso: ponerse en el lugar del geógrafo para describir lo físico y ejercer a la vez como antropólogo o como etnógrafo para estudiar la cultura —no solo la *alta cultura* producida por los vascos más eminentes, sino también y sobre todo, la cultura popular y el folclore— y las costumbres de ese elemento vasco que ha conservado la tradición sobreviviendo a los tiempos. En definitiva, lo que pretende el novelista es combinar paisaje y paisanaje; alejarse del tópico establecido para dar su visión personal sobre lo que es y ha sido el País Vasco a lo largo de su historia.

El *problema* —o la ventaja, según se mire— que ofrece el libro de Baroja al lector es que esta aproximación al paisaje y al paisanaje vasco se realiza siempre desde un punto de vista inequívocamente subjetivo y con ese estilo personalísimo que caracteriza la prosa del escritor donostiarra. Si exceptuamos esos pasajes del libro en los que el escritor repite datos —supuestamente objetivos— extraídos y copiados de la obra de terceros, el resto de texto está pasado por el tamiz de la peculiar cosmovisión barojiana del mundo y de la vida. En honor a la verdad, esta característica no es exclusiva de esta guía del País Vasco, pues todo el conjunto de la colección *Guías de España* de Destino estaba conscientemente planteado para que así fuera; la elección de escritores tenía como finalidad no solo el que los textos fueran más agradables de leer desde el punto de vista estético y literario que el de las guías al uso, sino también que cada autor pusiera algo de su parte —su sello personal— a la hora de describir una región de España. Así sucede, por ejemplo, en las guías escritas para esta colección por Josep Pla o Dionisio Ridruejo, que sin dejar de cumplir la función para la que fueron concebidas, añaden un plus de calidad que les viene dada por el

autor y que les concede un valor independiente como obras literarias. Lo que sucede en el caso de la guía escrita por Baroja es que este subjetivismo impregna de tal forma todo el texto que cualquier descripción de un paisaje, de un pueblo, un río o una montaña, acaba siendo una interpretación personal, una recreación literaria en la que información y opinión se confunden en un todo.

Desde el punto de vista de la observación antropológica o etnográfica, resultan bastante curiosos algunos pasajes de la obra en los que Baroja se recrea en los rasgos físicos y de carácter de los distintos tipos de la raza vasca que el escritor distingue. Un ejemplo de ello son las pormenorizadas y poco ortodoxas descripciones que el autor dedica a los habitantes de Bozate⁶ y a los de la zona de la Ribera de Navarra; ninguna de las dos tiene desperdicio, pues en ambas —y en otras que hay desperdigadas a lo largo del texto— vemos que se mezcla el dato histórico y objetivo con el comentario personal y subjetivo de ese dato, y que se recurre a esas dicotomías y generalizaciones tan características del modo de describir barojiano:

Al entrar en Bozate se nota que fuera de esos castillos no hay ninguna casa solariega, ningún escudo, ningún adorno, pocas flores; se siente un ambiente de tristeza, de suspicacia y de humillación. Es la miseria ancestral, la injusticia y el odio que, al pesar sobre los habitantes, los ha empequeñecido.

Si se fija uno en los hombres y en los chicos se ve que debajo de la máscara común de tristeza y de sospecha hay un tipo de raza especial.

Es un tipo de cara ancha y juanetuda, esqueleto fuerte y pómulos salientes; distancia bicigomática grande, ojos azules o verdes, claros, algo oblicuos, cráneo braquicéfalo, tez blanca pálida y pelo castaño o rubio.

Este tipo, que no se parece en nada al vasco clásico, es un tipo de la Europa del Centro y del Norte. Este tipo existe, aunque no con tal abundancia como en Bozate, en toda la comarca, y se extiende hasta Santesteban por lo menos. Hay viejos en Bozate que parecen retratos de Alberto Durero, de aire completamente germánico. Al mismo tiempo que este tipo de cara cuadrada y ojos claros, se ve en Bozate otro de facies más alargada y de tez más oscura, que recuerda al gitano (pp. 316-318).

De Pamplona se puede ir hacia la Ribera por el valle del Orba, por Campanas y Barasoain, cruzando el puente del Cidacos, camino de Tafalla, que es una ciudad colocada en una vasta llanura, con una campiña fértil y de aire

6 Barrio de la localidad navarra de Arizkun donde se dice que han vivido durante siglos los agotes: un conjunto de pobladores de los valles de Baztán y Roncal (Navarra), históricamente discriminados desde el punto de vista socioeconómico.

monótono, formada por viñedos, trigales y huertas. El carácter de la gente se advierte que ha cambiado, se expresan con mayor violencia, son gentes agresivas y malhumoradas, ya no tienen nada de vascos. Entre ellos el vino es un dios, un dios que hace a los hombres irritables y violentos. En toda la ribera de Navarra la agresividad es una costumbre.

El carácter de los ribereños es de una petulancia que desconocen los vascos de la montaña. Al llegar a Castilla esta petulancia se transforma en una serenidad arrogante, a veces un poco teatral, pero que da cierta idea de nobleza.

Toda esta tierra de la Ribera se ve que está muy impregnada de elemento semítico. En los tipos, en las ideas, en los instintos se ve que predomina una tradición judaica. El vasco a veces tiene un aire muy místico, en cambio el navarro de la Ribera parece con frecuencia un tipo del extremo sur (pp. 349-350).

Aunque esta familiaridad del novelista vasco con el vocabulario antropológico pueda sorprender al lector menos conocedor de la obra barojiana, conviene recordar aquí que Baroja fue —como acreditan los libros que se conservan en la que fue su biblioteca personal— un buen lector de obras de etnografía y antropología, y que su conocimiento de las teorías decimonónicas sobre las razas era más que aceptable. Sin ir más lejos, en sus memorias y en varios de sus ensayos cita como una lectura interesante la obra de Arthur de Gobineau, por mentar solo la más conocida en la época. En este sentido, coincido con Juan Carlos Ara en que, además de la vertiente geográfica de esta guía del País Vasco, la redacción de esta obra también sirvió a Baroja para retomar una serie de temas que le comenzaron a interesar especialmente «desde los inicios de los veinte —más todavía al caer en sus manos *La rama dorada* de Frazer —, y cuya afición compartía en aquellos años con su sobrino Julio— citado, por cierto, en el libro y de seguro colaborador—: el folclore, la mitología y la antropología» (Ara Torralba, 1999:38).

Ahora bien, donde quizá mejor se aprecia esta forma de mirar barojiana es en las páginas de la obra que nuestro autor dedica a una San Sebastián por la que sintió siempre un sentimiento de amor/odio que no se esforzó nada en disimular. En el capítulo xvi de la primera parte, Baroja describe la que era su ciudad natal como un pueblo vulgar y mediocre que, pudiendo haber conservado su pintoresquismo (entendido esto no en el sentido peyorativo sino al contrario, como un rasgo de personalidad propia), ha preferido renunciar a su espíritu para venderse a las modas y al mal gusto estético de los turistas. La opinión no es nueva, pues el escritor ya había hablado de San Sebastián en términos idénticos en un capítulo —«Recuerdos de la infancia» —de su ensayo autobiográfico *Juventud, egolatría* (1917). De hecho, cotejando las dos citas que a continuación re-

produzco se puede apreciar claramente que el texto de *El País Vasco* no es otra cosa que una copia literal del publicado más de treinta años antes, con unas mínimas modificaciones. Con la confrontación de estos textos comprobamos que, efectivamente, y como ya hemos adelantado más arriba, Baroja reaprovecha para esta guía materiales procedentes de libros ya publicados; igualmente, vemos que a pesar del paso del tiempo, la opinión negativa con respecto a su ciudad natal se mantiene, pues no matiza ni se desdice un ápice:

No siento gran entusiasmo por San Sebastián por varias razones. Primeramente, el pueblo no es pintoresco, pudiendo haberlo sido: tiene calles rectas, que son todas iguales, y dos o tres monumentos que son medianos. Yo creo que en monumentos públicos hay que tenerlos muy buenos, o si no, no tenerlos. Hay cosas en donde no se acepta lo mediocre. Allí donde los donostiarras, en colaboración con los madrileños, ponen la mano, se levanta una cosa vulgar. Ya han afeado y municipalizado el monte Igueldo; ahora están afeando el Castillo y el monte Ulía; si pudieran, afearían y municipalizarían el mar para ponerlo a gusto de los forasteros de la Mancha o de la Sierra de Cazorla.

Yo no tengo espíritu de esteta. Lo necesario es más importante que lo bonito. ¿Para qué adornar la ciudad con bagatelas de bazar? (p. 104).

No me es simpático San Sebastián por muchas razones:

Primeramente, el pueblo no es bonito, pudiendo haberlo sido; tiene unas calles rectas que son todas iguales y dos o tres monumentos que son horribles. La construcción es mísera, raquítica. Habiendo en el país una piedra admirable, no han sabido hacer nada serio y noble; por todos lados se ven hotelitos ramplones, pobretones y pretenciosos. Allí donde los donostiarras, en colaboración con los madrileños, ponen la mano, se levanta una cosa fea; ya han afeado el monte Igueldo; ahora están afeando el castillo; mañana llegarán a afean el mar, el cielo y el aire.

Respecto al espíritu de la ciudad, es lamentable. Allí no interesa la ciencia, ni el arte, ni la literatura, ni la historia, ni la política, ni nada. Únicamente interesa el rey, la reina regente, los balandros, las corridas de toros y la forma de los pantalones (Baroja, 1999a:389).⁷

Si elijo el ejemplo de San Sebastián es porque Baroja lo usa para, a partir de él, realizar una descripción —y a la vez una crítica— más global de todos los defectos de los vascos y, por extensión, de los españoles. Según

7 A partir de este momento, siempre que cite a Pío Baroja —menos cuando cite el texto de *El País Vasco*, para el que sigo la edición de Destino— lo haré siguiendo la edición de sus *Obras Completas* (OC), dirigida por José-Carlos Mainer y publicada en dieciséis volúmenes por el Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg entre 1997 y 1999.

el novelista, el vasco es un pueblo con ciertas especificidades que lo distinguen del resto; ahora bien, ya sea como consecuencia inevitable del turismo y de las influencias exógenas o ya sea por la propia tendencia de una parte de la sociedad vasca a asumir cualquier novedad sin ningún tipo de examen, lo cierto es que el País Vasco —y en concreto su ciudad natal— no se libra de los vicios y las malas costumbres que caracteriza a la sociedad española de principios del siglo xx (aunque la guía fue publicada en 1953, el País Vasco que pinta Baroja es casi siempre el que el escritor recuerda de su infancia y juventud). En este sentido, se puede decir que nuestro autor toma la ciudad de San Sebastián como un microcosmos, como una especie de laboratorio cuya observación le sirve para realizar un diagnóstico demoledor sobre la incultura de los españoles y sobre la escasa personalidad de los vascos a la hora de conservar lo que la tradición tiene digno de ser conservado frente a los usos y las formas que proceden del exterior:

En San Sebastián se nota cómo no hay apenas vida social en España. Hemos llegado a ponernos como plan, si no de una manera expresa, de una manera tácita, el no ocuparnos del vecino para nada. Es decir, que entre los españoles se da como un mérito el no pensar en los demás; cosa vulgar y estólida, que demuestra no un refinamiento de las costumbres, sino todo lo contrario, una regresión. Se explica la tendencia solitaria, individual, del tipo raro, pero el robinsonismo de la familia normal y vulgar es una de las cosas más absurdas que se pueden dar.

[...] Se nota en España la inferioridad cultural en que la clase rica es menos civilizada, en el fondo, que la clase pobre. Cualquiera que viaje unas veces en coches de tercera y otras en vagones de lujo, notará el ambiente de simpatía, de cordialidad y de gracia que se desarrolla, a veces, en un coche de tercera, cosa que jamás sucede en los vagones de los expresos, en donde hay un desdén mutuo verdaderamente ridículo y poco aristocrático; además, porque siempre parece que va uno en compañía de criados de casa grande, de comisionistas y, a lo más, de algún alto empleado.

En San Sebastián se nota mucho este desdén de unos para otros y esta falta de organización y de efusión social.

La gente no tiene idea de lo que es la conversación, la sociedad. A la mayoría le divierte mucho más ir en un tranvía o estar en un cinematógrafo que hablar.

Por un lado, la Prensa ha quitado atractivo al placer de contarse hechos; por otro, la política llena de peligros y de inconvenientes la charla. Otra de las cosas que contribuye a la poca espiritualidad de nuestras costumbres es el elemento que viene de fuera. El americano rico es, casi siempre, de lo menos intelectual que puede darse. Hasta los mismos franceses, que en Francia leen bastante, aquí no leen. En cualquier jardín de París se ven hombres y mujeres dedicados a la lectura; aquí, en San Sebastián, ni los mismos franceses leen; parece que los traen expresamente de algún sitio escogido donde no se sabe leer (pp. 119-132).

Detrás de este ataque frontal a la inferioridad cultural de vascos y españoles, figura la crítica de Baroja a una de las, a su juicio, más perversas consecuencias del estancamiento social y el atraso intelectual que el novelista no se cansó de denunciar en la España de su tiempo: el ahogamiento de la espontaneidad y la renuncia a la naturalidad, a lo imprevisto. Para Baroja, la sociedad española de principios del siglo xx ha tocado fondo; nada ni nadie se mueven, todo es triste, todo es previsible:

La vida en San Sebastián y en casi todas las ciudades de España me recuerda a los bailes de máscaras de Madrid en mi juventud, la Alhambra y la Zarzuela. A estos bailes había que ir con la pareja contratada, casi con un contrato en regla, porque si no, no se encontraba a nadie más que algún monstruo sin figura femenina con quien bailar y convidar a cosas deliciosas, como un bocadillo o una copa de peleón.

Este acotamiento de todo quita a la vida lo imprevisto, que podría ser lo más agradable y lo más sugestivo.

En la sociedad española no hay nada flotante, todo está remachado, atorillado; es como una cadena sólida. Esta cadena, por mucho que se la agite y se la arrastre, sigue siendo igual. Los eslabones no cambiarán de sitio.

[...] Los que vivimos en estos viejos pueblos latinos vivimos como peces en estanques de poco fondo. Antes todavía, cuando el líquido era turbio, se podía pensar en la inmensidad de las aguas que le rodeaban a uno; ahora ya es imposible, se ve el fondo del estanque con claridad y se conocen con exactitud sus dimensiones. Cosa triste (pp. 136-137).

Pero más allá del tópico del Baroja pesimista e hipercrítico con los males de la sociedad española o, en el caso de la obra que nos ocupa, de la vasca, detrás de estas descripciones del País Vasco impregnadas de subjetivismo encontramos una melancólica sensación de desengaño y desilusión, de desencanto. Por una parte, es evidente que las comparaciones son odiosas y que, al confrontar la imagen romántica que el escritor conserva de aquel País Vasco de su juventud con ese otro que varias décadas después describe, el segundo siempre sale perdiendo. En segundo lugar, y desde mi punto de vista, ciertos pasajes del texto de *El País Vasco* nos recuerdan esa faceta de Baroja, hasta ahora no bien estudiada, como intelectual antimoderno, en el sentido que ha concedido a esta palabra el historiador de la literatura Antoine Compagnon.⁸ En su crítica a la modernización irracio-

8 Vid. Antoine Compagnon, *Los antimodernos*, Traducción de Manuel Arranz, Barcelona, Acantilado, 2007 [2005].

nal y mal entendida del País Vasco y de sus costumbres, Baroja rechaza la imposición no solo de un sistema de valores —el racionalismo ilustrado— y de una forma de vida —el capitalismo burgués, la industrialización, la urbanización masiva—, sino también el hecho de que estos nuevos modos se tengan por buenos por el simple hecho de ser nuevos o de venir de fuera. Cualquiera que haya leído a Baroja sabe que si algo no fue este novelista vasco es un amante del pasado y de la tradición; al contrario, si por algo es conocido nuestro autor es por su antidogmatismo y su insumisión frente a lo establecido. En este conflicto o esta doble crítica a la tradición y a la modernidad es donde cabe situar la visión barojiana del País Vasco, pues es este difícil equilibrio entre lo viejo y lo nuevo, dice el novelista, el que no ha sabido encontrar una sociedad vasca que ha pasado de extremo a extremo sin solución de continuidad: de la observancia estricta de la tradición más arraigada, a la apertura sin matices a todo lo supuestamente moderno. Ya lo había dicho el escritor en un temprano artículo de juventud, titulado «Psiquis vasca» y publicado en el periódico *El Pueblo Vasco* (18-X-1903), en el que se quejaba de la incultura del pueblo vasco y de su carácter excesivamente influenciado. Como se aprecia no deja de ser contradictorio el que se critique a un pueblo por aferrarse a lo antiguo y se le censure a la vez por acoger de buen grado la novedad:

Esta tenacidad en defender lo viejo en un pueblo culto y refinado indicaría estupidez más que otra cosa, pero entre gente inculta no demuestra más que energía, y el vascongado era probablemente inculto antes de aceptar el catolicismo, como lo era seguramente hace unos años cuando defendía esos ideales viejos.

Esta incultura debió de ser y sigue siendo efecto del aislamiento producido por una serie de causas y concausas que no he de pararme en estos momentos a discutir. Prueba de que el vascongado no está más arraigado a las ideas y costumbres rancias que los demás españoles, es lo pronto que ha abandonado sus supersticiones y lo rápidamente que ha aceptado los usos y hábitos de la vida moderna.

Además, los vascongados que se emancipan de la pesadumbre de algunas ideas metafísicas y rígidas y tratan de pensar con independencia, demuestran que son espíritus impresionables para todo lo nuevo, que saben avanzar sin temor en el mundo de las ideas. Parece que el largo dormir de la raza ha dejado sus cerebros blandos, permeables, fáciles para los ideales nuevos (Baroja, 1999b:1146).

Medio siglo más tarde, cuando se publica *El País Vasco*, Baroja retoma esta misma idea. Según él, el paso de las décadas y la recepción de múltiples influjos ha propiciado que una sociedad tan apegada a sus raíces como

la vasca se haya vendido a la modernidad y haya perdido con ello su identidad propia, su quintaesencia. Lo nuevo, insiste el novelista, tiene sentido cuando mejora lo antiguo; jamás como regla o como síntoma de supuesta adaptación a los tiempos y las modas que acaban con lo pintoresco, con lo espontáneo:

El vasco hasta hace poco era un tipo inmutable. Solamente los siglos y el aflujo de gente de fuera le han hecho cambiar, llevándolo a un modernismo un tanto superficial.

[...] El vasco, de pronto, se ha hecho modernista, y ha comenzado a derribar todo lo antiguo, a sentirse entusiasta del cemento y de la radio.

Buscar en el País Vasco, en la obra del hombre, algo que tenga carácter antiguo, es una quimera. Todo o casi todo ha desaparecido.

Entre las guerras civiles y el sentido de lo moderno se ha desvanecido lo pintoresco en el exterior, y apenas queda algo en lo más recóndito del país.

No es que yo tenga el prurito esteticista, que me parece un lugar común ridículo de la época, pero también encuentro brutal el modernizar y afejar por mezquindad lo que tiene cierta belleza.

Comprendo que cuando están en pugna la utilidad colectiva y la belleza del paisaje o de la ciudad se dé el paso a lo útil, pero que se sacrifique todo lo amable nada más que por sordidez da una impresión de incultura muy desagradable (pp. 364-368).

Pero por encima de su contenido, de lo que se nos describe y de lo que se omite, lo que más llama la atención de esta *sui generis* guía geográfica del País Vasco es una omnipresencia del autor en el texto, visible en esta abundancia de juicios subjetivos y opiniones valorativas que recorren toda la obra y que avalan —o al menos esa es la tesis quiero proponer en este trabajo— una posible lectura de *El País Vasco* como una obra que nos puede aportar conocimiento sobre una región de España en un momento dado de su historia, pero también como un libro escrito en un tono claramente autobiográfico que nos sirve sobre todo para conocer el pensamiento de Baroja sobre la naturaleza del ser vasco y de su territorio.

2. Conclusión: para una lectura de *El País Vasco* en clave autobiográfica

A lo largo de su vida, Baroja mantuvo con el País Vasco una intensa y algo confusa relación de amor/odio; de amor a una imagen idealizada de la tierra vasca, recuerdo de sus años de juventud, y de odio a esa otra imagen de una región asimilada al resto de España y convertida en una mezcla

insulsa entre tradición y modernidad o, como diría el propio novelista, en una mistificación, en un sucedáneo. Esta dicotomía entre el ideal y la realidad, entre la dulce evocación y la triste constatación, marca el tono nostálgico de un texto en el que, como hemos dicho, no se describe el País Vasco de mediados del siglo xx, sino que se hace un recorrido, unas veces más ordenado y otras más arbitrario, por lo que ha sido la evolución de un territorio y de sus gentes a lo largo de la historia.

Aunque nacido en San Sebastián, el oficio de su padre Serafín, Ingeniero de minas del Estado, hizo que la familia Baroja tuviese que viajar y vivir en varios sitios —San Sebastián, Madrid, Pamplona, Valencia— durante la niñez y adolescencia del escritor. Esto aumentó la sensación de desarraigo de un Baroja que solo durante su juventud *descubrió* sus raíces vascas. Fue durante la estancia —llevada años después a la literatura a través del personaje de Andrés Hurtado, protagonista de *El árbol de la ciencia*— del futuro escritor en la localidad de Cestona, donde obtuvo una plaza como médico sustituto justo después de doctorarse en medicina. En este pueblo vasco al que viajó desde Madrid y en el que estuvo ejerciendo durante varios meses entre 1894 y 1895 tuvo Baroja su primera y única experiencia como médico y allí descubrió lo que significaba ser vasco, como el propio escritor repitió en todos sus textos más o menos autobiográficos:

En el pueblecillo vasco donde estuve yo de médico y comencé a tener dolores reumáticos, comprendí, observándome a mí mismo, que había dentro de mi espíritu, como dormido, un elemento de raza que no había despertado aún.

Durante mi infancia viví, hasta los siete y ocho años, en el País Vasco; pero luego, al comenzar la juventud, fui a Madrid, después a Valencia, y mis recuerdos de la primera edad, referentes a la tierra natal, se esfumaron y desaparecieron.

Al volver, ya de hombre, al pueblo guipuzcoano donde comencé a ejercer de médico, sentí cómo el ambiente físico de mi país, y algo también del moral, me iba envolviendo, y cómo recogía, poco a poco, este rastro perdido de la raza.

En esa época de médico de pueblo, en que viví solitario y tuve que andar de día y de noche por los caminos, pensé vagamente en escribir sobre mi país y hablar de sus paisajes y de sus hombres (Baroja, 1999c:854).

Durante esta estancia en Cestona, Baroja escribirá algunos de los cuentos que luego pasaron a formar parte del volumen de relatos titulado *Vidas sombrías* (1900). Con la publicación de este primer libro se abre una etapa de la producción barojiana que cubre la primera década del siglo xx

y que incluye la mayoría de libros de temática o ambientación vasca publicados por el novelista y agrupados en la trilogía *Tierra vasca: La casa de Aizgorri* (1900), *El mayorazgo de Labraz* (1902) y *Zalacaín el aventurero* (1909). Tras estas primeras obras, la acción de las novelas barojianas abandona el territorio vasco para trasladarse a Madrid y a otras zonas o ciudades de la geografía española o europea. Aunque la referencia a sus orígenes no desaparece nunca del todo, lo cierto es que la reflexión sobre el País Vasco ocupa un lugar secundario en la obra de Baroja durante varias décadas; publica varios artículos en prensa e incluye algún epígrafe en sus ensayos autobiográficos, pero jamás una reflexión de la profundidad y la extensión que constituye esta guía geográfica publicada en 1953. No deja de ser curioso que sea un encargo editorial lo que fuerza a Baroja a escribir sobre el País Vasco, y que este encargo le llegue tan tarde, hasta el punto de que parece bastante probable que, de no haber surgido esta posibilidad, nuestro autor no hubiese llegado a escribir por iniciativa propia ese libro dedicado enteramente al territorio vasco; de habérselo planteado en serio (en la cita de «Divagaciones autocríticas» —una conferencia pronunciada en la Sorbona en 1924— que reproduzco arriba, él mismo dice que lo pensó «vagamente»), parece más natural haberlo intentando muchos años antes, durante su época de mayor éxito literario y editorial, coincidiendo con su plena madurez intelectual.

Dicho esto, que sin duda juega en contra de una obra que es relativamente menor dentro de la producción barojiana, si atendemos a criterios de calidad literaria y estética, lo cierto es que esta guía geográfica ofrece al lector esa ventaja de la doble lectura, pues, como ha escrito Fernando Arroyo, lo que Baroja redacta en *El País Vasco* son «unas particulares memorias, con formato de guía geográfica y con su particular personalidad literaria como ingrediente» (Arroyo Ilera, 2008:445). En efecto, este autobiografismo al que ya me he referido anteriormente concede a esta guía del territorio vasco un valor documental que va más allá de lo propiamente pragmático, de los datos que un turista o un viajero al uso pudiera obtener en un texto que se aleja bastante de los estándares mínimos de un subgénero tan específico como el de las guías de viaje. En este sentido, y como afirma Arroyo, las descripciones paisajísticas de Baroja adquieren en ocasiones «perfiles magistrales», pero otras veces «se diluyen en el mundo de los sentimientos personales del autor» (Arroyo Ilera, 2008:445). Sin embargo, y opinando como lector habitual de Baroja, creo que este aparente

defecto de forma no deja de ser, a la larga, un regalo para el lector; al menos para el lector barojiano de pro. Y digo esto porque, si por algo se caracteriza Baroja es por haber cultivado un estilo literario personal e intransferible en el que defectos y virtudes se confunden⁹ y en el que solo existe un hilo conductor —quizá junto con este mismo del estilo— que da coherencia a una obra vasta y ciertamente heterogénea; me refiero, obviamente, al autobiografismo, a la necesidad imperiosa que tiene Baroja de hablar de sí mismo o a partir de sí mismo, de sus propias experiencias vitales. Esta característica, que en otro autor podría resultar cansina, en Baroja deviene deliciosa, pues como escribió Josep Pla, Baroja fue un fino observador de la vida española de su tiempo: un magnífico narrador de paisajes y de ambientes descritos siempre empleando un tono muy personal. Por eso —y aun entendiendo perfectamente al lector que opine lo contrario— considero que las partes más autobiográficas de *El País Vasco*, las menos objetivas y útiles desde el punto de vista práctico del lector de una guía geográfica, son las páginas del libro que me resultan más sinceras y sugerentes. Desde esta perspectiva, coincido con ese gran conocedor de la prosa barojiana que fue Pla porque, como a él, más que el Baroja memorialista que escribe sus memorias de forma deliberada, me interesa y me seduce el Baroja narrador que escribe —como sucede en el libro que me ha ocupado en este trabajo— desde el recuerdo, pasando toda la información por el filtro de su particular y desmemoriada memoria.

Si por alguna cosa es este *El País Vasco* un libro curioso y emotivo, de un gran valor sentimental, no es por la exactitud de sus descripciones geográficas o por la objetividad de sus juicios sobre el pueblo vasco y sus costumbres; al contrario, el valor de esta guía geográfica reside en el hecho de que es Baroja quien nos habla en primera persona de *su país Vasco*, con

9 Sobre esto mismo decía lo siguiente el periodista Julio Camba: «Pero yo, no por eso dejo de admirar a Baroja. Y es que yo no le he admirado nunca por sus cualidades, sino por sus defectos. No le he admirado, a pesar de sus incongruencias, sino por sus incongruencias, ni a pesar de sus faltas gramaticales, sino por sus faltas gramaticales, ni a pesar de sus ideas absurdas, sino por sus ideas absurdas. Y el día en que Baroja escriba un libro razonable, con ideas sensatas, con buena gramática y con un plan lógico, no seré yo quien se gaste tres cincuenta en adquirirlo». Vid. Julio Camba, «El único español que se ha equivocado», en Fernando Baeza (ed.), *Baroja y su mundo*, tomo II, Madrid, Arión, 1961-1962, p. 94.

todo lo que esta percepción tiene de idealizada —y, por tanto, de irreal— y romántica, pero también de crítica, de rechazo. En definitiva, y por intentar encontrar una imagen que lo resuma, se puede decir que para Baroja el País Vasco fue un país seductor y a la vez ingrato, una tierra a veces amable y otras odiable; un lugar —como dicen que dijo Joaquín Sabina de Madrid— «invivable, pero insustituible».

Bibliografía

- ARA TORRALBA, J. C. (1999): «Nota editorial». En P. Baroja (1997-1999): *Obras Completas*, dirigidas por José-Carlos Mainer, vol. xvi, Barcelona, Círculo de Lectores – Galaxia Gutenberg, pp. 31-54.
- ARROYO, ILERA F. (2008): «Geografía, literatura e ideología en la segunda mitad del siglo xx: las *Guías de España* de Ediciones Destino», *Estudios Geográficos*, vol. LXIX, n.º 265, pp. 417-452.
- BAROJA, P. (1999a [1917]): *Juventud, egolatría*, OC, vol. XIII.
- (1999b [1903]): «Psiquis vasca», OC, vol. xvi.
- (1999c [1924]): «Divagaciones de autocritica», en *Divagaciones apasionadas*, OC, vol. XIII.